

cerlo todo, y pasando los cañones á manos de hombres y los demas materiales en acémilas, lograron al fin salvarse aquellos restos del material, que sin la órden de Santa-Anna habria servido para la defensa de la plaza de Tampico. Todas estas ocurrencias habian llegado ya á noticias de aquel, quien hizo graves inculpaciones á Urrea, mandándole que sin pérdida de momento mandase al general D. Joaquin Morlet, coronel del Regimiento de Puebla, para que salvase aquellos trenes. Morlet salió en efecto, mas en Valles se encontró ya el convoy caminando en buen órden. El mismo Urrea, impaciente de la tenacidad de las exhortaciones de Santa-Anna, salió á su encuentro, y el 25 de Diciembre entró el convoy á Tula conducido por Barreiro, á quien sin duda se debió su salvacion.

Entre tanto, Taylor, que con sus fuerzas destacadas hasta el Saltillo parecia amagar á S. Luis, al saber la desocupacion de Tampico, é impuesto del nuevo plan de operaciones, para cuya ejecucion les abria la puerta el abandono de Tampico, se mueve inmediatamente de aquellos puntos y á la cabeza de una division de 3.000 hombres se dirige á éste. Al saber este movimiento, Santa-Anna cree que va á ser atacado por el flanco derecho de sus posiciones, por cuyo motivo cree de imperiosa necesidad reforzar el punto de Tula de Tamaulipas. Mandó en efecto á ella al general Valencia, con una brigada compuesta de las fuerzas que mencionamos en nuestro artículo anterior; mas Valencia no llevaba órdenes sino de estarse á la defensiva, para lo cual debia emprender inmediatamente la fortificacion de Tula, objeto con el que sin duda se dió órden tambien de marchar á aquel punto al general D. Ignacio Mora y Villamil, con una seccion de ingenieros. A la sola vista de Tula, fué reconocida inmediatamente su fatal posicion para punto de defensa. Rodeado por todos lados de alturas que completamente lo dominan, su guarnicion habria sucumbido sin defensa, en caso de que el enemigo hubiera intentado su ataque, y esto, cuando en la misma línea, en el flanco derecho que se trataba de defender, habia otras brillantes posiciones capaces de vigorosísima defensa, y cuya importancia se desconocia, por sistema ó por ignorancia. Algunas observaciones se hicieron al general Santa-Anna, haciéndole ver lo falso de aquella posicion; mas como su contestacion de estarse á lo mandado era terminante, nadie pensó ya sino en obedecer.

Entre tanto, la division de Taylor llegaba á Victoria, treinta le-

guas distante de Tula. De allí Taylor se regresa á Monterey, y aquella fuerza queda á las órdenes del general Patterson. Valencia, ocioso en Tula, y sin esperanza de encontrar al enemigo, porque era seguro que jamas entraria en el plan de éste atravesar esas alturas, y deseoso de no dejarle pasar impune á tan corta distancia, propuso al general Santa-Anna un plan sencillo, segun el cual el mismo Valencia deberia dirigirse á Ciudad Victoria sobre el enemigo, casi seguro de un triunfo, á la cabeza de las fuerzas que se encontraban reunidas en Tula. Santa-Anna contesta que se esté á lo mandado, y se mantenga puramente á la defensiva; mas Valencia, que veia perderse una brillante oportunidad, insistió en su demanda, haciendo ver de nuevo á Santa-Anna las probabilidades de un buen éxito en aquella expedicion. Todavia deseoso únicamente Valencia de ofender al enemigo, limitaba en último caso su demanda á que se le autorizase para moverse con algunas guerrillas, y haber perjudicado así á aquel, aun cuando hubiera sido solamente en sus trenes y equipajes. Mas Santa-Anna, irritado con esta nueva demanda, da, mas que una contestacion, una reprimenda á Valencia, tratándolo de insubordinado y quitándole el mando de aquellas fuerzas, para el que nombró al general D. Ciriaco Vazquez, temeroso sin duda de que Valencia, arrebatado por su violencia y por la noble ambicion de adquirir el primer triunfo sobre el enemigo, desobedeciese sus órdenes y marchase á arrebatarse esta gloria, bien que el pretesto aparente era que con semejante insubordinacion se destruiria el plan combinado por el general en jefe del ejército de San Luis. Valencia fué, pues, separado del mando y desterrado á Guanajuato; y así (por torpeza sin duda) se allanaban al enemigo todos los caminos para que en Tampico hiciese la concentracion de las fuerzas que luego debian bombardear á Veracruz.

Hemos concluido la exacta relacion de los hechos, fáltanos hacer algunas observaciones, sin las cuales quedaria incompleto este artículo. Estas observaciones se deducen de la naturaleza de esos mismos hechos; así es que, sin faltar á la imparcialidad histórica, podemos deducir las consecuencias lógicas de antecedentes bien notorios, sin que esto sea formar ningun juicio anticipado, pues estamos seguros de que las mismas reflexiones vendrán naturalmente á cuantos se impongan de esos acontecimientos. La defensa de la plaza de Tampico se habia creído necesaria por el gobierno de la República, por



cuyo motivo se repusieron sus fortificaciones y se reforzó su guarnición. Las razones de esto son bien claras, porque en caso de que el enemigo cambiase la base de sus operaciones y pasase el teatro de la guerra, como luego lo hizo al oriente, Tampico debía ser naturalmente uno de los puntos mas codiciados, no porque lo considerasen la puerta del interior del país, sino como el punto indispensable de apoyo para el buen éxito de sus operaciones por Veracruz. Tampico debía ser el centro comun de sus fuerzas; sin Tampico, toda la escuadra del Golfo hubiera carecido de víveres de fresco, y sin un punto, en fin, adonde trasladar sus enfermos, y reparar sus destrozos y averías. Es cierto que cuando la guerra comenzaba por el Norte, y aun no habia amagos formales por Veracruz, no obstante la presencia de la escuadra bloqueadora, la importancia de Tampico sería, si se quiere menor; pero ¿cómo era posible ver las cosas bajo el mismo aspecto despues, cuando una vez tomado Monterey, las miras del gobierno de los Estados-Unidos cambiaron absolutamente? La importancia del Norte disminuyó entonces, al paso que la del Oriente aumentaba de dia en dia; y si en el Norte veíamos un cuerpo de ejército que nos amenazaba hasta San Luis, en esto no vemos nosotros sino la astucia de los Estados-Unidos, que con aquello ocupaba nuestra atención, mientras que en realidad efectuaba un cambio que debimos haber observado para haber evitado las funestas consecuencias que nos trajo. Considerando las cosas bajo este aspecto, la batalla de la Angostura no fué para nosotros sino la pérdida de la capital; y así habria sido, aun cuando un verdadero triunfo hubiera sido el resultado de aquella lucha. La importancia de esa acción para los americanos fué grande, y habria sido grande, cualquiera que hubiera sido su éxito; y ¿por qué? porque habian logrado atraernos á uno de los extremos de la línea que segun su nuevo plan debía ser atacada.

Cuando, pues, se verificaba ese cambio, Tampico adquiria toda la importancia que antes dijimos. Era interes del enemigo apoderarse de él, como ya lo habia intentado desde Junio al bombardear la barra. Mas si todavia estaba decidido á tomarlo á viva fuerza, ¿cómo es, pues, que en esos momentos el general en jefe de nuestro ejército ordena la desocupación de esa plaza, afectando ignorar ó despreciar las miras del enemigo? Las razones que á esto dieron lugar las ignoramos enteramente: y ¿qué podria alegarse? ¿Que la plaza no era bastante fuerte para resistir á los americanos? Esta habria sido





GENERAL SCOT.

*Libro de P. Blanco.*

*1.º C.º de Plateros N.º 15.*

razon para que en lo absoluto hubiéramos combatido con ellos, pues bien claro se vió su preponderancia desde un principio sobre nosotros; y si no esta razon, ¿qué otra, por poderosa que fuese, hubiera aconsejado esta medida? La prensa de esos dias escandalizada, como la nacion toda, hizo casi las mismas reflexiones, y ¿qué se contestó á todo? Nada, sino que así convenia á las miras, al plan del general en gefe. ¿Qué plan habia, pues, adoptado éste, que el mismo sentido comun lo desconocia? A torpeza ó á traicion se atribuian en esos dias estos sucesos, y nosotros, que jamas hemos creido en la última, lo atribuimos todavía á la primera. La vista de nuestro general en gefe, fija en la línea del Norte, no alcanzaba á ver lo que pasaba en el Oriente, y no se percibia siquiera del importante cambio que se verificaba en todo.

Ahora, ¿cómo desconocer que el mismo espíritu que presidió á la desocupacion de Tampico, fué el que sugirió la fortificacion de Tula de Tamaulipas, punto ridículo de defensa: primero, porque no era defensible; y segundo, porque el enemigo, que todo lo hacia con conocimiento de causa, jamas pensó en internarse por aquellas ásperas montañas? Y no hay duda que á esto mismo se debió la repulsa que sufrió Valencia, cuando propuso su plan para atacar al enemigo en su marcha á Tampico por Ciudad-Victoria. En todo se afectaba obrar conforme á un plan; y en efecto, no hay duda en que cuanto hemos referido, estaba arreglado á un sistema, pero á un sistema torpe y lleno de desaciertos.

La conducta del general Parrodi no es en nuestro concepto vituperable sino en el modo de verificar la desocupacion. Con ménos precipitacion se habrian conseguido mejores resultados, y no habriamos tenido allí tanta pérdida de objetos bien útiles por cierto. Parrodi en lo que toca á la órden de desocupacion, hizo cuanto debia, que fué representar á Santa-Anna los grandes inconvenientes que habia: el general en gefe insistió; á Parrodi no le tocaba sino obedecer, pues la responsabilidad en ese caso viene sobre quien lo ordena con la autoridad suficiente. Mas Parrodi no tuvo la calma suficiente para ordenar su marcha, y de aquí resultó el desórden de Tampico y el abandono de nuestros trenes y demas útiles en poder de Marchante, sin recurso y sin gente, por lo que se vieron espuestos á tanto peligro.



Parrodi fué llamado luego á San Luis, en donde se le sujetó á un juicio por el mismo que le habia ordenado el abandono de Tampico. ¿No era esto desconocer los principios mas triviales de justicia, ó mejor dicho, no era burlar el buen juicio nacional? ¿Ni cómo podria esperarse que Parrodi saliera condenado y reprobada su conducta, cuando esto habria sido condenar y reprobado la conducta de Santa-Anna? Así es que Parrodi fué exonerado de todo cargo por la desocupacion de Tampico, lo que hasta cierto punto era justo, porque el verdadero culpable no era él ciertamente. La division de Tula marchó, por último, á incorporarse con el ejército de San Luis, cuando éste emprendió su marcha para la Angostura.

Tal es la verdad de las cosas en uno de los acontecimientos mas notables de la última campaña, y de que resultan cargos muy graves al director de ella. Nosotros aguardamos que el tiempo aclare lo que hasta aquí está bien oscuro, para que en la historia de estos memorables hechos toque á cada uno lo que es suyo.



## CAPITULO VI.

### SALIDA DEL EJERCITO DE SAN LUIS

### BATALLA DE LA ANGOSTURA.

El general Santa-Anna, despues de una permanencia de mas de tres meses en San Luis, determinó salir en busca del enemigo, que habia avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolucion, espidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitacion consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habian salido hasta entónces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde ántes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una, á las órdenes del general Torrejon, se encontraba en Bocas: otra, del general Juvera, estaba en el Venado: la tercera, de que era gefe el general Andrade, habia permanecido algún tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnacion; y la cuarta, que mandaba el general Miñon, despues de haber sorprendido en la misma Encarnacion un destacamentó de mas de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.